

ANTONI PUIGVERD

Nostalgia e infantilismo

El sábado, a última hora, entré en una panadería. Estaban casi cerrando y sonaba a todo volumen *Congratulations*, la añeja canción de Cliff Richard, al que yo creía completamente olvidado. En los dorados tiempos de Eurovisión, aquel cantante rivalizó con Massiel, que le arrebató la victoria. La tarareaba con entusiasmo una joven dependienta, que dejó de limpiar los anaqueles para servirme la última barra de pan. Cuando yo era niño, le dije, esta canción estaba de moda. "Todo vuelve", terció una dependienta de mi edad, iluminando fugazmente sus ojos, ocultos bajo las bolsas de una larga jornada laboral: "Aquellas canciones eran las mejores". Durante toda la jornada, esta mujer estuvo mostrando hogazas de pan, sirviendo croissants y devolviendo el cambio. Pero, al reencontrar, casi al final del día, por un instante, los últimos años de su infancia, el cansancio desapareció de su rostro como por ensalmo. La canción de Cliff Richard funcionó para ella como la magdalena de Proust, el gran experto en retornos.

De regreso a casa, con la barra de pan bajo el brazo, tarareando también yo el *Congratulations*, ligué cabos y tomé conciencia de la ola de nostalgia que nos invade. La cosa empezó, diría, con la serie *Cuéntame* y su azucarada revisión televisiva del franquismo, una revisión amena, mucho más amable que crítica, sólo ligeramente ácida, esencialmente entrañable, en la que predomina por encima de todo el recuerdo sentimental. Y llegó también con las manifestaciones contra la invasión de Iraq, en las que los canosos y arrugados veteranos antifranquistas cantaron una melodía tan bella como la que canta el cisne antes de morir. Habían asumido la ruina de su imago mundi, cuando, de repente, veían a sus hijos manifestarse junto a ellos, hablando como ellos y cantando el *The times they are a changing*. Cambian, ciertamente, los tiempos, como se está viendo. Pero en la dirección contraria a la prevista por la generación Dylan. La argumentación del viejo cambio sigue vigente en forma puramente reactiva (y, con frecuencia, agresiva: esas carreras salvajes visiblemente nihilistas en el corazón

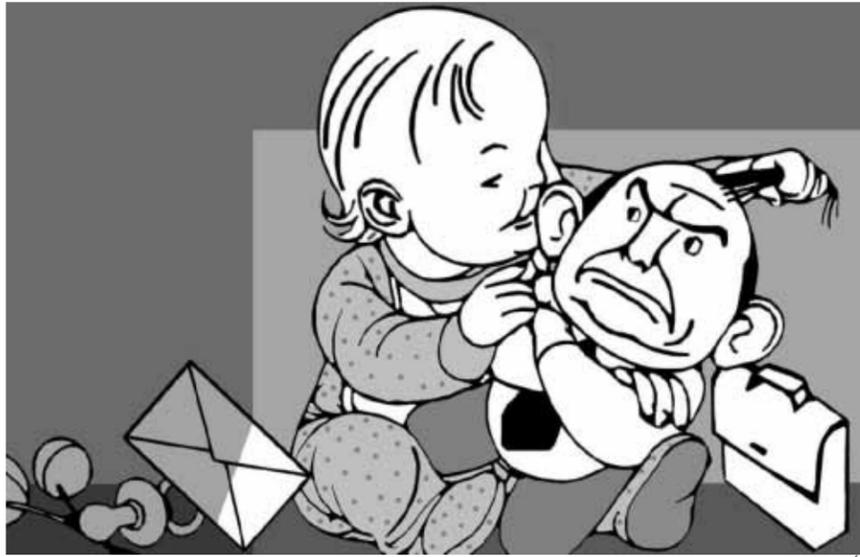
del Raval). Pero está muy lejos de ofrecer una alternativa a los grandes fenómenos de nuestro tiempo: la globalización económica y humana, el choque de civilizaciones, el rebrote de las identidades, la aparición del homo videns, el cambio climático. Bajo los huracanes del cambio total, el mundo tiembla, excitado y desconcertado, anhelante de estabilidad y concierto, mientras el viejo progre-

miel del recuerdo, los mitos de la generación obsolescente y la miseria del franquismo). Los primeros anuncios de la tele en blanco y negro analizados por la tele digital. Las polémicas sobre la memoria del franquismo, con las heridas mal curadas de la Guerra Civil, las fosas descubiertas, los pleitos envenenados. Polémicas muy dolorosas y enconadas, con guerras de esquelas incluídas, pero que,

sin embargo, destilan la melaza sentimental de las generaciones en decadencia. Aquellos años, habiendo sido más duros y grises que los de ahora, regresan dulcificados por el paso de tiempo, que todo lo suaviza y redecora con sus amables filtros. Cuando el tiempo presente apremia y se encarece, cualquiera tiempo pasado fue mejor.

Con la nostalgia ha regresado incluso el entrañable latiguillo de Adolfo Suárez, el añorado. Lo estamos viendo en esta campaña. "Puedo prometer y prometo": dentistas, pisos, notarios, libros de texto, inglés y benefi-

cios sociales sin cuenta. Todo gratis et amore. Es bueno que la política baje a las cosas concretas, ciertamente. Pero este halago constante al elector, esta carrera de regalos al pueblo votante expresa una deformación inquietante de la vida pública. El votante está siendo viciado por los políticos, como los niños de hoy están siendo, en general, sobreprotegidos por sus progenitores, inundados de regalos, agasajados con chucherías, envueltos en algodón. Estos niños que se muestran incapaces de soportar una dificultad, de enfrentarse a los deberes, de aceptar los infortunios, de adaptarse a las normas sociales, estos niños que tiranizan a sus timoratos padres encuentran en el espejo electoral su perfecto correlato. Una ciudadanía mimada, seducida con regalos y promesas, a la que nunca se pide esfuerzo, a la que se le ocultan los problemas y dificultades, esta ciudadanía a la que siempre se halaga puede convertirse en un monstruo. Como estos niños tiranos, no aceptará un solo deber. No aceptará la cruda realidad. Acabará tiranizando la vida pública. Cuando los políticos miman a la ciudadanía, abren, sin darse cuenta, la puerta del populismo. Una vez abierta, esta puerta ya no se cierra. Conduce a la histeria civil.●



UNA CIUDADANÍA

mimada, seducida con regalos

y promesas, a la que nunca

se pide esfuerzo, puede

convertirse en un monstruo

sismo cultural se debate entre suavizar los cambios o introducir más confusión. Restan las formas y los mitos de la vieja generación rupturista. Edulcorados por el esteticismo. Mitos nostálgicos: mientras todo el mundo desea que llegue, de una vez por todas, la democracia en Cuba, las camisetas del Che siguen conquistado el mercado global.

A lo mejor se trata de una gran corriente mundial. Alvin Tofler habla, en su último superventas sociológico, de la refractaria "brigada de la nostalgia". Lo cierto es que la nostalgia ocupa todos los rincones. Canciones de los sesenta en las radios. La moda de los setenta en los escaparates. La película *Salvador* (tan elogiada, en la que se mezclan la

DEBATE Del acoso escolar a la violencia / ROSA M.ª MEDRANO

¿Quién es responsable del 'bullying'?

Hace unas semanas mi hija cumplió 20 años y, conversando con ella, ha aparecido un tema que me ha impactado profundamente. Cómo, durante los cuatro años que duró su enseñanza secundaria fue objeto de vejaciones y abusos por parte de algunos de sus compañeros, tanto niños como niñas.

Mi profesión me permite acceder a experiencias muy íntimas de personas, tanto adultas como jóvenes, y sé hasta qué punto el acoso, la degradación constante en etapas de formación de la personalidad, puede afectar, limitar drásticamente el potencial para vivir, para encarar el futuro, para amar y sentirse amado. Una verdadera mutilación emocional de las aptitudes y capacidades de personas, indefensas en esos momentos de su vida.

La sociedad sostiene ahora un in-

terrogante sobre la creciente violencia que nos rodea. ¿Qué pensar ante el tópico reiterado de que los niños son crueles? Es un lugar común, que ampara una desresponsabilización de los individuos particulares que componen ese lugar mítico de infancia inocente.

Todos los seres humanos somos responsables de nuestros actos, aunque no en la misma medida o con las mismas herramientas para valorar la realidad y las consecuencias.

A finales de los ochenta, en la Convención de los Derechos del Niño, niños y niñas se reconocieron como objeto de derecho, logro humano trascendente; sin embargo, absolver a los niños de su propia responsabilidad no es un acto humanizador. Los niños y aún más los adolescentes son responsables de sus actos; otra cosa es de qué manera toman cuerpo las consecuencias de éstos, pero debe haberlas y que sean perceptibles para ellos, que sitúen al joven en su dimensión de perso-

AL EXCUSAR Y minimizar el acoso escolar se está avalando la dinámica de la ley del más fuerte

na y de ciudadano. Es una tarea en la que toda la sociedad debe estar implicada.

A veces los padres, con un mal entendido amor, amparan y excusan conductas que empobrecen a sus hijos. Por otra parte, las instituciones de enseñanza también reaccionan a veces tibiamente ante una violencia a la que no atribuyen su verdadera dimensión.

La violencia nos violenta, valga la redundancia, da testimonio de algo mal regulado que incomoda y de lo que todo el mundo aparta la vis-

ta, añadiendo aún más desamparo a la situación de todos los implicados. Así, minimiza e incluso se vuelve contra la víctima emergente de la situación. Es un mecanismo familiar, presente durante decenios en el tratamiento de la violencia contra las mujeres y sigue aún de forma acentuada en el de la violencia y los niños, tanto si el niño es agente u objeto de ella. Es una actitud deplorable en la sociedad, pero aún más en las instituciones educativas. No proveen así del entorno educativo adecuado, porque la educación, como estos profesionales saben muy bien, va más allá de una pura transmisión de conocimientos.

Al reaccionar blandamente ante situaciones de acoso, aunque éste sea de baja intensidad, se está avalando la dinámica de la ley del más fuerte de la que somos testigos desolados cada día en las noticias, creando en la sociedad, que es el colegio, verdugos y víctimas.

No es que los niños sean crueles,

sino que hay niños que son crueles, igual que hay adultos que lo son. Y, para abordar este conflicto, la sociedad ha producido leyes que permiten regular la convivencia, que hacen aparecer la cultura que hoy conocemos y sus logros humanitarios.

¿Qué es lo que sucede para que jóvenes de familias culturalmente normativas y estructuradas puedan calumniar y maltratar a otros jóvenes con los que han compartido sus vidas desde parvulario? ¿Educarlos para ser conscientes de la responsabilidad de nuestros actos en cada nivel del trayecto que nos convertirá en personas?

Mi hija es en la actualidad una joven hermosa y feliz, pero no puedo ni quiero evitar pensar en los otros hijos que no han podido superar la agresión y todavía caminan, como ella misma se describió, "con la cabeza baja" por el mundo. Sepamos todos que muchos de ellos lo hacen también con el corazón herido y lleno de rabia.●

MÀRIUS CAROL

La lengua

Sergi Pàmies, en su libro *Si menges una llimona sense fer ganyotes*, incluye una cuento titulado *Sang de la nostra sang* en el que una muchacha quiere que sus padres felizmente casados se separen para ser una niña normal como el resto de las chicas del instituto. El concepto de lo normal parece que está en crisis, así que incluso un partido, el PP catalán, hace del sentido común el eslogan de su campaña. La última anomalía de la política catalana es la propuesta de debates que ha planteado el jefe de campaña del PSC, en la que exige un debate televisado en castellano entre Mas y Montilla, transmitido para toda España. A la vista del razonamiento utilizado, José Zaragoza, secretario de organización del PSC, se parece a la niña del relato de Pàmies. Que por cierto, al final, consigue que sus padres, a pesar de que viven en perfecta armonía, hagan una concesión a su hija y, para que no se sienta discriminada, se divorcian.

No parece que la propuesta de Zaragoza vaya a tener el mismo éxito que la de la jovencita de la narración. Ni seguramente que el astuto jefe de campaña socialista haya pensado en ningún momento que su ocurrencia fuera a ser aceptada por Mas y sus asesores. En realidad, la gracia de la propuesta estaría precisamente en la presentación de la misma, pues la negación de los dirigentes de CiU le ha permitido decir que el líder nacionalista tiene dos discursos diferentes en Catalunya y España, pero sobre todo presentarlo como un político que se niega a usar el castellano para debatir sus ideas.

Mal negocio resulta siempre usar la lengua como arma arrojada por dos razones: porque éstas a veces pueden convertirse en bumerán o porque, aún peor, pueden acarrear problemas con un asunto que apenas los genera, dando argumentos a la carciología que sabe hacer de un troncho de col una ópera con estas cuestiones, porque el anticatalanismo en vena es un chute que siempre funciona entre los sectores más reaccionarios. La irrupción de la lengua en la campaña electoral es un error, aunque éste sea un lobo que Zaragoza haya vestido de caperucita.

Uno piensa que, puesto a pedir imposibles, hubiera podido solicitar un debate por Eurovisión en francés o inglés. O, mejor aún, plantear que en el debate en Catalunya cada uno eligiera idioma, como en los duelos del XIX se escogía arma.

No es bueno hacernos trampas al solitario. La lengua no debe ser un instrumento de erosión, sino de debate, no puede ser una mina antipersonal, sino una catapulta de argumentos.●